

»¿Qué es de mi madre? ¿Tiene mucha pena?
¿Y Pedro? ¿Y Magdalena?

»¿Se sabe algo de Guillermo y de Juan?

»¿Ha escrito Marcelo?

»Sobre todo, no digáis nada de mí, sino que trabajo con ardor, que espero salir de apuros, y que mi salud no es mala.

»¡Adiós, mi bueno y querido amigo! ¡Qué día tan feliz será el en que entremos todos en la casa, llevando cada uno nuestra parte para levantarla de sus ruinas!

»¿Pero llegará ese día?

»¡Os envío muchos abrazos para todos!

»TERESA.»

Puso el sobre: *Al Cazador de Topos, en Saint-Maximin, distrito de Romorantin (Loire-et-Cher)*, y á eso de las cinco salió y fué á poner la carta en el correo.

A la vuelta se sintió tan cansada, con las piernas tan doloridas y la cabeza tan pesada, que pensando en los consejos de la señora Krug y de la portera se dijo:

—¡Tienen razón! ¡Ya no tengo un momento que perder! Iré mañana.

XIV

La pista de Escoubere.

La señora Guignard no había contado á su invitada nada que no fuese verdad.

El horizonte empezaba á aclararse para el corista.

La casualidad le había proporcionado al fin el indicio, el hilo de Ariadna que buscaba en vano desde la fuga de su mujer.

Siguiendo los consejos de su amigo Brossois, que le veía con pena desmejorarse y sumergirse cada vez más en sus penas, se había decidido á adoptar una táctica más á propósito que la que él seguía hasta entonces, corriendo locamente y sin método de un extremo al otro de París.

Convencido de que sería en vano tratar de curar á su amigo de una pasión que estaba, por decirlo así, en la masa de su sangre. Brossois le habló así:

—¿Quieres encontrar á tu Elena?

—Sí.

—¿Tú supones que su amante es rico?

—Lo es.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente.

—¿Luego él ha debido dar todo lo que un hombre rico ofrece de ordinario á su querida?

—Cierto.

—¿Un hotel?

—Tal vez.

—¿Y coche... además de otras muchas cosas?

—Es probable.

—Cuándo se tiene coche, ¿qué hace uno?

—Servirse de él.

—Naturalmente: para pasearse por los sitios más frecuentados, entre la *high-life*, el todo París mundano; es decir, por los Campos Elíseos ó por el Bosque. Luego es en el Bosque en donde debes apostarte, tranquilamente, sin cansarte, sentado en una silla, como un buen paseante... Si lo que tú supones es cierto, si no es un día será otro el en que tu bella pasará por allí y entonces valiéndote de las piernas...

—¡Comprendido!...

Brossois tenía razón, y su consejo era fácil de seguirse, sobre todo en primavera.

La primavera es la mejor de las estaciones en París.

Escoubere tenía libre casi todas las mañanas.

Desde el día siguiente al en que su amigo le había dado ese consejo, se levantaba temprano, abandonaba su oscuro gabinete, en donde yacía su colchón, atravesaba andando de puntillas la habitación de su compañero, que de ordinario roncaba á más y mejor, salía á la calle, llegaba al muelle y de allí á los Campos Elíseos, en ejecución de su plan.

Entonces, un agente que se hubiera dedicado á seguirle los pasos, le hubiera visto colocarse en acecho, unas veces en la encrucijada de las Cascadas, otras en los paseos solitarios que convergen hacia la avenida de Saint-Cloud, vigilando, inspeccionando con una ojea-

da el personal de los carruajes que pasaban, los jinetes que cruzaban y hasta los ciclistas, cuyo furor comenzaba entonces.

Después de un mes de paciencia, Escoubere conocía á fondo las costumbres de aquellos paseos matutinos, que tienen tanto encanto para los ociosos y que comienzan á las nueve y concluyen á la primera campanada de las doce.

Durante el mes que había trascurrido sin que Escoubere faltara un día de aquellos sitios, no había distinguido nunca un velo, un ombrero, un vestido ó un rostro que tuviese el don de hacer latir su corazón con más celebridad.

Principiaba, pues, á desesperar, y no encontraba el sistema de su amigo Brossois mejor que el suyo, cuando un día del mes de abril, á cosa de las once y media, en el momento en que, con la cabeza baja y muy sombrío, en uno de esos accesos que se apoderaban de él, entraba en París por la puerta Dauphine, se paró de pronto y quedó fijo sobre la arena del paseo por una fuerza superior.

En un cupé, cuya caja era de color marrón oscuro y cuyas ruedas del mismo color tenían un filete encarnado, acababa de ver á Elena.

¡Era efectivamente ella!

¡No podía equivocarse!

Su corazón había saltado en su pecho.

El cupé pasó al trote largo de un admirable alazán, cuyo pelo relucía como seda con reflejos de oro.

Pensar en alcanzarla hubiera sido insensato.

El caballo marchaba á un paso de todos los demonios.

La visión duró lo que un relámpago.

El coche se dirigió hacia los lagos, y no tardó en desaparecer en la vuelta de un paseo. Escoubère siguió mirando hasta que lo perdió de vista.

Continuó allí clavado como un jalón, atontado, con la boca abierta, sin pensar en nada, más que en que Elena estaba cien veces más hermosa que en la calle del Echaudé, porque en efecto resplandecía, como un cuadro en su marco, rodeada de todo el lujo para que había nacido.

Ella no le había visto.

Cuando se decidió á marcharse de allí, una especie de niebla oscurecía su vista y su espíritu.

Caminaba como un autómata.

No tenía más que una idea:

—¡Por fin, la he vuelto á ver!

Repuesto de su primera sorpresa, atravesó los Campos Elíseos á paso de carga y á las doce y media llegaba á su casa.

Brossois estaba á la puerta y al verle llegar, tomando la aptitud de un hombre ofendido, sacó una enorme patata de níquel del bolsillo del chaleco y dijo:

—Oye, amigo, media hora de retraso, has perdido el café. ¡Vamos á almorzar...Tengo un hambre de lobo!

La fisonomía de Escoubère estaba muy animada.

Brossois se inclinó hacia su compañero y,

envolviéndole en una mirada inquisitorial, repuso:

—¡Eh! buen amigo, ¿hay algo de nuevo?

—¡Ya lo creo!

—¡Eso se adivina! ¿Tendrás alguna vez el talento de disimular tus pensamientos secretos?

Sin consideración hacia su compañero, añadió con un gesto muy dramático, tocando la cabeza del barítono:

—Yo leo en esta bola como en un libro abierto.

Entraron en una cantina del muelle Malaquais.

Para los parroquianos de la casa, Brossois y su compañero tenían el prestigio de la celebridad.

Los primeros tenores ó los barítonos ilustres no son mejor acogidos en casa de Durand y Voisin que Brossois y Escoubère en aquella cantina del muelle Malaquais.

Para la clientela eran artistas.

En un momento limpió un mozo una mesa que acababan de dejar libre dos cocheros, pasó la esponja por el mármol, puso los cubiertos y los dos amigos se sentaron á poco ante un guisado de cordero, que Brossois declaró admirable.

Y entonces:

—Vamos—dijo,—cuéntame lo que ocurre.

—¡La he visto!...

—¿Estás seguro?

—Como te veo á ti.

—¿Dónde?

—Llegaba al Bosque.
 —Bien te decía yo. ¿Por dónde?
 —Por la puerta Dauphine.
 —¿En coche?
 —¡En un hermoso cupé tirado por un caballo, amigo mío!
 —¿Bueno?
 —¡Admirable!
 —¿La seguiste?
 —¿Serías tu capaz de seguir con tus piernas á un expreso?
 —¡Si era preciso!...
 —¡Te chaceas! El caballo iba muy de prisa.
 —¿Hacia dónde?
 —Hacia el lago.
 —¿A qué hora?
 —A las once y cuarenta. No he tenido tiempo más que para venir á escape.
 El tenedor de Brossois quedó suspendido en el espacio.
 El bajo reflexionaba.
 —¡Eres un tonto!—concluyó diciendo.
 —¿Por qué?
 —Yo, antes de dejarlo marchar, hubiera alborotado y gritado á las gentes: ¡Detenedla... cagedla! Hubiera echado á correr en su persecución; hubiera tomado un coche y reventado al caballo y al cochero... hubiera cogido la ocasión por los cabellos, en un palabra. Y esa ocasión la has desperdiciado. ¡Quién sabe si volverás á encontrarla! ¡Sin embargo!...
 —¿Qué?—preguntó Escoubere muy atento.
 —De las circunstancias del encuentro resultan algunos indicios ciertos...

—¿Cuáles?
 —Primero, que á las once y cuarenta de la mañana, Elena no salía para pasearse...
 —¡Es probable!
 —Volvió... Luego debe vivir en los alrededores del Bosque, hacia Bolonia ó Saint-Cloud.
 —¡Es posible!
 —Consecuencia: he ahí el círculo de tus excursiones reducido á dos localidades...
 —¡Razonas como el mismísimo prefecto de policía!
 —¡Mejor! ¡Si estuviera en su puesto sería más pillo que lo es él!
 —¿Crees tú que?...
 —Seguramente. He notado una cosa...
 —¿Cuál?
 —Que esos valientes se meten con la gente pacífica, pero... ¿les ves detener á los ladrones ó á los rateros? Eso es muy raro.
 —¡Tú divagas!... Volvamos á nuestro cuento.
 Brossois continuó:
 —No tienes más que continuar tus paseos matutinos y el primer día que la encuentres echarla mano, y entonces verás una mujer en rudo trance.
 Brossois no se reía de ordinario más que para su interior.
 A su cara, accidentada como los Pirineos, asomaba pocas veces la alegría de sus reflexiones.
 —A menos que tú te encuentres más sobrecogido que ella—añadió.—Porque en fin, supongamos que ya la tienes delante de tí como

un juez de instrucción, ¿qué la dirías? ¿Qué exiges, que deje su coche para ir á pié á tu lado, su hotel para trasladarse á tu oscuro gabinete, su abundante y confortable cocina y sus lacayos de librea, para gozar con nosotros de las delicias de este tabernáculo lleno de humo é infestado de vapores que la asfixiarían incontinenti? ¡Su elección no es dudosa! Te enviaría á paseo y si insistías llamaría á sus gentes y haría que te echaran de allí... ¿Qué habrías adelantado?

—Brossois, me aburres—dijo Escoubére.

—¡Bien lo sé! ¡La voz de la razón aburre siempre á los infortunados á quienes ciega la pasión, pero digo la verdad; ¿te atreverás á negarlo?

—¡Déjame en paz!

—¿Qué más quieres que tomemos?

—Nada.

—¿No quieres *gruyere*?

—No.

—¿*Roquefort*?

—Tampoco.

—¿Te quita el apetito el amor?

—No es el amor el que me lo quita, son tus tontas reflexiones.

—¡Oh! tontas... ¡Habrás visto!... Otro día hablaremos de eso... ¿Tomamos café?

—Como quieras.

Los dos amigos guardaron silencio.

Escoubére se daba perfectamente cuenta de su situación.

¡Era atroz!

¿Qué diría á aquella mujer que voluntaria-

mente le había abandonado, cuando se encontrara frente á ella?

¿Que contestarla cuando se negara á seguirla, cuando le dijera que no quería volver á aquella vida de privaciones de que había querido escapar á todo trance?

Y sin embargo, desde que la había visto, se sentía devorado por un deseo más violento todavía de volver á verla, de hablarla...

Aquella visión, tan pronto desaparecida, redoblaba su fiebre, exasperaba sus celos.

¡Estaba hermosa, con una hermosura abrasadora, capaz de hacer hervir la sangre de un enamorado!

¡Y aquella mujer tan hermosa era la suya!

Nada podía arrancarle de esta idea.

A veces recordaba las frases proféticas del caballero de la calle de Rennes.

—¡Ese hombre está loco ó se volverá!

Y se veía obligado á confesarse que, como Brossois, aquel caballero tenía razón.

Y se sentía inclinado sobre la resbaladiza pendiente que conduce á la demencia á aquellos cuyo cerebro está fijo siempre en una idea y no hacía nada por librarse de caer en el abismo.

Al contrario.

Se complacía en reavivar la llaga que tenía en el alma.

Al salir de almorzar hubiera querido correr al bosque de Bolonia y ocultarse allí en cualquier paseo y espiar la vuelta de aquel cupé color marrón que estaba decidido á detener, ya fuera dando un horrible escándalo, ya arro-

jándose bajo las ruedas para impedirle el paso.

Pero tenían ensayo en la Opera Cómica.

No se podía faltar.

Felizmente, Brossois estaba allí para mantener á su amigo en el cumplimiento de su deber.

Le llevó á la fuerza á la plaza de Favart y le vigiló con severidad para no permitirle una fuga contraria á sus intereses.

Escoubere hubiera querido dejar el teatro, vivir solo, huir de toda aquella gente, que le irritaba; pero esto era imposible.

Una noche una soprano le dijo:

—¿Qué sucederá el día en que la bella Elena venga á instalarse en un palco con su amante?... ¡Y eso llegará, no lo dudéis!

Una visión de venganza, atroz y pública, pasó por delante de sus ojos, y á partir de aquel momento se armó de paciencia y no faltó ni una sola vez de su puesto.

Además Brossois, que adivinaba sus intenciones, le decía con razón:

—Imbécil, si dejas esta colocación que es la que te dará el dinero para seguir tus pesquisas, ¿dónde encontrarás un trabajo que te deje libres las mañanas?

Conservó, pues, su empleo.

Pero desde el día siguiente al de su encuentro en la puerta Dauphine, emprendió sus excursiones por el bosque y se puso al acecho, como un cazador furtivo, unas veces en un sitio y otras en otro.

Durante quince días tuvo que retirarse cabizbajo; pero un miércoles, á eso de las diez de

la mañana, percibió por fin el cupé color marrón, que se dirigía al paso hacia el prado Catalan.

Con el corazón oprimido por la emoción, la siguió deslizándose por entre el arbolado como un cervatillo que se oculta.

No se atrevió á mostrarse, por temor á asustar á la que buscaba con tanta fiebre y que se habia prometido detener en cuanto la encontrara.

La habia distinguido muy bien á su paa; iba sola y estaba muy pensativa, tal como la habia entrevisto en la puerta de Dauphine.

Pero un presentimiento le advertia que iba al encuentro de su amante, y que con un poco de astucia lo sabria todo de una vez.

¿Pero cómo arreglarse?

Felizmente acertó á pasar un coche vacío.

Escoubere le llamó con un signo, y mostrando al cochero el cupé que se alejaba al paso:

—Por horas—le dijo—y diez francos de propina si seguís á ese cupé hasta la puerta de la casa á que vaya.

El cochero examinó con desconfianza á aquel tipo mal vestido que ofrecia diez francos de propina, como si hubiese tenido el Pactolo en el bolsillo.

Escoubere trató de decidirle añadiendo:

—¡La que va en él es mi mujer!

Al mismo tiempo mostró al automedonte su cartera llena de billetes de mil francos.

El cochero quedó admirado un momento, y luego dijo:

—¡Está bien! ¡No la perderé de vista! ¡Estad tranquilo! ¡Montad!

El desgraciado entró en el coche, que era bastante bueno, y el carruaje siguió á lo lejos el cupé, arreglando su paso al del caballo de éste.

Había una gran afluencia de paseantes.

Era, pues, fácil disimular aquella persecución.

Todo fué bien en los primeros momentos; pero al llegar á la carretera de Suresnes, al extremo del gran lago, un hombre, joven aun, de suprema elegancia, que se paseaba con el bastón en la mano y una rosa en el hojal, montó en el cupé y el caballo partió al galope en dirección del Arco de Triunfo.

Aquella partida fué tan repentina, que el fiacre, sorprendido, perdió tiempo antes que el caballo emprendiese la marcha á todo escape.

Durante algún tiempo, distinguió el cochero á lo lejos de la avenida del Bosque de Bolonia, el cupé color marrón, que aumentaba sin cesar su avance; pero cogido entre una porción de coches, perdió cinco minutos y cuando llegó al Arco de la Estrella, por más que examinó los Campos Eliseos y miró por todas partes no percibió nada.

¡El cupé color marrón había desaparecido!

Pero pocos momentos después, cuando el gascón bajaba por los Campos Eliseos al pesado trote del jamelgo del fiacre, se abrió la puerta de un hotel de la avenida, y el cupé color marrón salió de él para ganar la plaza de la Concordia y la calle de Rívoli á un paso

que el cochero del gascón no trató de seguir.

El cupé iba vacío.

Escoubere se apeó y quedó un momento como clavado en la acera delante de aquella casa sólida como un baluarte y que desafiaba un asalto.

Ya no tenía que dudar.

Su mujer estaba allí.

¿Vivía allí?

No podía saberlo; pero con toda seguridad había entrado en aquel hotel con su amante.

El pobre hombre se roía los dedos de impotencia.

El cochero le sacó de sus reflexiones diciendo:

—¿Qué hacemos?

—¿Qué es lo que os debo?—preguntó el baritono.

—El precio convenido; pero si os parece mucho, porque el tiempo ha sido poco, dadme lo que queráis.

Escoubere pagó lealmente la hora y los diez francos de propina.

El otro le dió las gracias burlándose.

—Escuchad, burgués—le dijo indicando con el látigo la gran puerta;—no os aconsejo que atacéis esas tablas con vuestro bastón. ¡Son de primera solidez! Ya lo decía yo al ver el tren; «El individuo debe tener dinero.» No me engañaba. ¡Debe haber buenos papeles ahí dentro! ¡Buena suerte!

Volvió bridas y se marchó muy despacio hacia la plaza de la Concordia.

Escoubere estaba aplanado, avergonzado.

Aquella casa tan fuerte, tan magnífica, protegía á su feliz rival contra él.

Un guardia que paseaba por allí con la mayor indiferencia, pasó á su lado.

—Hermoso hotel—dijo Escoubere.—¿No es el de la duquesa?

Y nombró á una gran señora, de quien la prensa y el público se ocupaba en aquella época.

—No—dijo el agente.

—¿De quién es, pues?

—¿Os interesa saberlo?

—No, á fe mía.

—Es del Conde Gabriel de Corbiere; es el antiguo hotel Beauvillars.

—Gracias.

XV

Un rincón del infierno.

Eran las diez de la mañana.

La respetable portera de la casa que el señor Quillet tenía en la calle del Echaudé, con una escoba en la mano, respiraba en la entrada del portal un poco de buen aire que la primavera, en aras de una brisa complaciente, llevaba hasta aquel estrecho, húmedo y tenebroso pasillo.

Teresa, pálida, mal envuelta en su vestido usado, con una toquilla que la cubría la cabeza y el cuello, salió con paso indeciso, casi vacilante.

—¿Vais allá la preguntó la portera.

—Sí.

—¿Estais decidida?

—No hay más remedio.

—¿Sufris?

—Un poco.

—¡Animo!

La joven lanzó un suspiro.

—¡Si supiéseis qué miedo tengo!—dijo.

—¿A qué?

—A todas esas gentes que no conozco.

—Es preciso no ser tan tímida.

—¿Si no me recibirán?

—¡Tendria que ver! ¡A una joven como vos!

Teresa sonrió tristemente y continuó su camino hacia el boulevard San German.